

Madriz, Gladys. *Leer y formar(se). La lectura como cuidado de sí y del otro*, Caracas: Fondo Editorial Arturo Cardozo, 2006, pp. 56.

Lidia Cardinale

CURZA - Universidad Nacional del Comahue

La propuesta de Gladys Madriz en *Leer y formar(se). La lectura como cuidado de sí y del otro* se funda en el abandono de la visión populista de la lectura como herramienta para postular, en cambio, entenderla como algo útil que permita explorar su potencialidad en cuanto capacidad de “incomodar-nos y empujar-nos, hacia lo humano, lo terrenal y lo divino”. La perspectiva que aborda es, por tanto, de corte hermenéutico filosófico, lo que implica alejarse (no romper) con las concepciones más tradicionales: la pragmática, la psicolingüística y las líneas de análisis sociocognitivas.

El libro está organizado en dos partes. La primera se centra en el ensayo presentado en el II Bial de Literatura “Ramón Palomares” de la Coordinación de Cultura de la Gobernación de Trujillo de la República de Venezuela y con la que obtuvo el primer premio. La segunda incorpora nuevos análisis que contribuyen a la ampliación del texto principal al tiempo que introducen ejercicios de lectura por demás relevantes.

El punto de partida de este libro es la consideración de la lectura como proceso intersubjetivo, posición que coloca al lector como un sujeto creativo. Madriz se interroga si esto significa afirmar la posibilidad de diferentes interpretaciones de un mismo texto y para ello realiza la distinción entre comprensión e interpretación y la incidencia en la lectura de la dimensión emocional, la motivación y el conocimiento del mundo que se posee. Incorpora en el análisis los aportes de H. Gadamer en lo referido a la consideración de la lectura “como juego”, el concepto de lector como intérprete, la existencia de una obra en referencia al texto y el teatro áulico como la puesta en escena de dicha obra.

El otro aspecto que la autora tiene en cuenta es la consideración de la lectura como mecanismo que no sólo permite “conocer sobre algo” sino que posibilita conocer algo de nosotros mismos. Finalmente, y a partir de la relación del lector con el texto, destaca el papel “formador” del diálogo con los otros y con nosotros mismos. Todos estos aspectos son desplegados de modo claro y preciso por la autora y constituyen ejes relevantes del libro.

Otra cuestión que merece la atención de Madriz es el papel que cumple el lector. A partir de una serie de interrogaciones, el análisis se orienta a preguntarse acerca de qué clase de lector está presente en el proceso de lectura. En esta línea Madriz procura establecer diferencias conceptuales en lo que respecta a si cuando se habla de lector se refiere al que comprende o al que interpreta un texto. Para dar respuesta a estos interrogantes, la autora analiza de modo sustantivo las diferencias conceptuales entre comprensión e interpretación de un texto. Introduce así la noción de lectura hermenéutica mediante la cual texto, contexto y lector entran en diálogo, a la manera de una conversación.

Al considerar la lectura como una relación lúdico dialógica entre el texto y el lector, la concibe como un proceso dinámico que engloba a quienes participan de él, esto es texto y sujeto. Y cuando “el texto nos envuelve en su misterio y nos dejamos llevar, entonces la lectura es un autocomprenderse” (pp.23) Sin embargo, en la medida en que “si no escucho lo que el texto tiene a bien decirme, como si de una conversación se tratase”, considera que no hay transformación en juego. Esta afirmación la lleva a introducir la consideración de la lectura como experiencia, porque al leer reaccionamos frente a lo que producimos y es esa misma reacción la que hace que podamos vivir el texto como un acontecimiento real, lo que la asemejaría a una aventura donde, expectativa, diversión, conocimiento compartido son algunas de las ganancias.

La autora se pregunta si esta perspectiva de la lectura como aventura ganaría muchos adeptos en la escuela donde lo que se experimenta mayoritariamente no tiene que ver con lo divertido. Este planteo está orientado, desde su perspectiva, a posibilitar que con esta práctica los alumnos no sólo puedan comprenderse a sí mismos sino además, entender más al otro y aceptar que parte del trabajo docente se realiza en el terreno de lo inesperado y de la sorpresa. Esta propuesta es por demás interesante puesto que genera un nuevo interrogante: “¿Para qué debemos leer en un contexto de aula?” La respuesta más compartida, señala la autora, sería que se lee para aprender pues la lectura se relacionan de modo inmediato con la adquisición de conocimientos objetivos, con la acumulación de conocimientos pero se deja de lado el aspecto personal, es decir, con el valor de la lectura personal. La propuesta que plantea está direccionada al valor otorgado a la posibilidad de “abrirnos a la experiencia de cambiar con la lectura”

El trabajo de Gladys Madriz se orienta a superar la postura empirista que entiende la realidad como objetiva y neutra y concibe a la lectura como una operación que capta la realidad existente por fuera del sujeto. A partir de la revisión de este concepto, la autora sostiene con sólidos argumentos teóricos que la verdadera lectura es producto de una transformación del sujeto cuya resultante es la fusión de la interpretación del texto con la interpretación que de sí mismo hace el lector. En estos términos, se plantea que concebir la lectura como experiencia de formación implica asumir un viaje cuya meta es la transformación de uno mismo, a partir de un itinerario de múltiples reconstrucciones del yo ante la necesidad de ajustarse a los nuevos requerimientos de la realidad. Esta transformación supone cambios en la esfera interpersonal porque al variar las percepciones de *mi mismo*, es inevitable la modificación de las relaciones con los demás quienes a su vez responden a las variaciones sobre nuestra propia autocomprensión. Aceptar esta doble dirección que provoca la lectura que conmueve, es reconocer el papel importante que tienen las otras personas y el contexto del aula escolar. Para que este proceso pueda darse en el espacio del aula (por la conmoción interna que implicaría una lectura de verdad) el contexto áulico debiera ser un ambiente protector donde se brinde apoyo y asistencia en esta tarea de revisión permanente de lo que somos. Madriz plantea el aula como *habitación*, como espacio acogedor donde se llega agotado con experiencias a compartir. En esta línea, adhiere a las consideraciones de Jorge Larrosa en lo que respecta a entender la lectura como experiencia de formación. En función de ello señala que la lectura es una actividad relacionada con la subjetividad del lector, es decir vinculada no sólo con lo que sabe sino con lo que es, con lo que pone en cuestión aquello que somos. La conciencia de haber vivido una experiencia de transformación es subjetiva, porque es íntima, particular de cada uno. Esto es contrario a lo usual en las escuelas porque, como el contenido es para adquirir conocimiento, no tiene que ver con lo que nos conmueve.

El hecho de que la autora establezca que todo texto admite múltiples lecturas señala un claro posicionamiento teórico: no hay una lectura única y en consecuencia cada lectura singular tiene valor, en especial cuando se realiza en el marco del respeto a la diversidad. Sostiene, además que es necesario aceptar lo creativo del proceso de lectura que lleva a los diversos actores a interpretaciones distintas, pues, a partir de las diferencias, se realizan nuevas construcciones para compartir un significado en común. Esto es posible en el aula, con un maestro que, además de un constructor más, es mediador de otras interpretaciones generadoras del aprendizaje. Este posicionamiento teórico de Madriz permite reconocer las deudas de su autora con las líneas teóricas de la Estética de la Recepción las que se han ligado de modo productivo con la hermenéutica.

Leer y formar(se). La lectura como cuidado de sí y del otro es un texto pródigo para quienes buscan analizar la relación del texto y con el otro, para quienes procuran atender el cuidado de sí y cuidado del otro en el proceso lector, para quienes, en definitiva estén atentos al nosotros y al ellos. Un libro relevante para que, como señala su autora “nos muerda y nos arañe”¹ planteando por un lado la perspectiva de entender la lectura como formación, visualizándola como una aventura - porque se realiza en el terreno de lo inesperado y de la sorpresa-, reconociendo el valor de la comprensión para la formación integral de la persona y también como posible camino de enseñar a usar la lectura como instrumento de aprendizaje creativo, personal y colectivo. Al mismo tiempo, el libro de esta investigadora nos remite a la reflexión ética y política acerca de las prácticas pedagógicas en nuestras instituciones educativas, guiando a los lectores a preguntarse si constituyen prácticas liberadoras o si están cargadas de tecnicismos y cientificismos difíciles de modificar. De esta forma la lectura de *Leer y formar(se). La lectura como cuidado de sí y del otro* es una lectura

¹ Párrafo de un fragmento de una carta que Kafka enviara a su amigo Pollak en el año 1904 y que está transcrito por la autora en el libro.

formadora y transformadora porque nos interroga acerca de supuestos fundamentales en nuestra tarea de educadores. Este libro constituye un aporte relevante no sólo por la actualidad de la temática sino porque problematiza el valor de la lectura y sugiere nuevos caminos de crecimiento y apertura orientados a generar alternativas superadoras de las visiones utilitarias de la práctica lectora.